—¿Qué es ello?—dijo con impaciencia.—Hablad de una vez. ¿Se ha caido del caballo?

—Al revés, señora marquesa—contestó el aldeano con ingenuidad. Es el caballo quien ha caido sobre él.

—¡Jesus! ¡Dios mio!—exclamó la marquesa sobresaltada.—¡Qué horrible contratiempo! ¡Roberto herido! ¿Se queja mucho?

—Está sin sentido, señora marquesa.

—¡Sin sentido! ¡Quizá muerto! ¡Oh! muerto no.... No ha muerto, ¿no es verdad?.....

—No lo sé, señora marquesa. Era preciso buscar un médico.

—¿Donde?

—Uno hay á un cuarto de hora de aquí. Yo iba en su busca.

En este momento la cabalgata se reunió á Lazarine.

Dos palabras les pusieron al corriente de la triste nueva, que produjo honda pena en todos sus amigos.

El marqués gozaba de muchas simpatías.

Uno de los caballeros montó al leñador en la grupa á fin de ganar tiempo, y todos se dirigieron á galope al lugar del siniestro.

A los ocho minutos de marcha, se ofreció á su vista un espectáculo que les conmovió.

Los aldeanos habian colocado sobre el cés-

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

ped, arrimado al tronco de un árbol, el cuerpo desfallecido del marqués.

La barba se apoyaba sobre el pecho como consecuencia de la rotura de las vértebras cervicales.

Los brazos caian sin fuerza separados del cuerpo.

De su boca entreabierta salia un caño de sangre y espuma, dejando sobre la levita roja del marqués un rastro de púrpura oscura.

La señora de la Tour du Roy se apeó del caballo, se acercó temblorosa á su marido, y calló de rodillas á su lado. Presa de mortal angustia tomó sus manos y las estrechó contra su pecho, cubriéndolas de acerbo y copioso llanto.

—No está muerto—gritó con voz apenas perceptible por la emocion.—Sus manos guardan aún el calor de la vida.... ¡Vive!.... ¡Le salvaremos!

Uno de los oficiales que formaba parte de la cacería, tenia algunas nociones de medicina. Desabrochó la ropa del marqués y aproximó su oído al corazon.

—Le siento latir—murmuró,—pero débilmente.

—¿Convendría sangrarle?—dijo una voz.

—¡Qué se yo!—contestó el oficial.—No aceptaria sobre mí esa responsabilidad. El marqués acaba de almorzar opíparamente, y una sangría

—¿Qué momentos podria ocasionarle la muerte de indispensable llevarle á Orleans lo mas posible. Los médicos decidirán.

—El consejo era prudente y se adoptó sin discusion.

No existia otro medio de trasporte que el carro de los víveres.

Uno de los cazadores montó á caballo y se dirigió en busca del vehículo.

Entre tanto se improvisaron unas angarillas con ramas de árboles, en las que se tendió el cuerpo del marqués. Los leñadores, conduciendo en sus hombros tan triste depósito, llegaron á la avenida principal á tiempo de encontrar el carro que ya venia en su busca, avisando de lejos con los cascabeles del tiro.

Tres horas despues, la comitiva que tan alegre salió de la ciudad en las primeras horas de la mañana, volvia triste, silenciosa, con el aspecto de un cortejo fúnebre.

El carro aquel de víveres, cuyo destino habia cambiado de una manera tan horrible, entró en el vestíbulo del palacio de la Tour du Roy conduciendo el cuerpo inanimado del último marqués.

Durante este trayecto, Lazarine habia dado patentes pruebas de que embargaba su ánimo una pena profunda, real y positiva.

El cariño que demostraba á un hombre de

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

edad madura inspiró grandes simpatías, y todos proclamaron *in pectore* á la marquesa como un modelo de virtudes conyugales.

El cuerpo de Roberto fué colocado en su lecho.

Los médicos no se hicieron esperar.

Lazarine, en pié, pálida, descompuesta, cerca de su marido, esperaba el parecer de la ciencia con angustiosa intranquilidad.

La trágica expresion de su fisonomía, las lágrimas que salian á torrentes de sus ojos enrojecidos por el dolor, y la crispatura de sus nervios, demostraban evidentemente la situacion de su alma.

Los médicos declararon por unanimidad que el señor de la Tour du Roy vivia, pero que su estado no ofrecia esperanza alguna.

El peso del caballo rodando sobre el ginete habia producido lesiones graves interiores, á las que se unia una congestion cerebral como resultado de la violencia de la caida.

Se ensayaron los medicamentos mas enérgicos para provocar una reaccion.

Todo en vano.

Cada momento los latidos del corazon eran mas débiles.

La vida se apagaba lentamente.

—Señora—dijo uno de los médicos.—debeis abandonar esta habitacion.

—¿Por qué—preguntó la jóven.—Estoy en mi puesto y no le abandonaré hasta el final.

—Admiro vuestro valor, señora. Pero debia preveníroslo.... ahora bien.... El señor marqués era un buen cristiano.... ¿No creeis que es necesaria la presencia de un sacerdote?

Lazarine ocultó el rostro entre sus manos y movió la cabeza afirmativamente.

Un cuarto de hora despues el cura de la parroquia entró con los santos óleos.

Las oraciones de los agonizantes se dijeron en voz baja alrededor del lecho mortuorio.

El cuerpo de Roberto, inerte pero con calor aún, recibió la Extremauncion seguida de la absolucion suprema.

Los latidas del corazon cesaron.....

El marqués de la Tour du Roy entregó su alma á Dios sin haber recobrado el conocimiento.

Lazarine estaba viuda.

XLVII

Durante la noche que siguió á este rápido suceso, la marquesa estuvo inimitable, y no olvidó su papel de viuda reciente ni un solo momento.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Quiso pasar la noche en la cámara mortuoria, al pié mismo del lecho fúnebre.

Solo cedió ante las reiteradas instancias del sacerdote y de los médicos, y se retiró á sus habitaciones con objeto de dar al cuerpo el reposo necesario.

Una vez en su gabinete, completamente sola y al abrigo de toda mirada indiscreta, la encantadora viuda dió tregua al dolor, secó sus lágrimas y arrojó lejos de sí la máscara que cubria su rostro.

Lazarine estaba *casi* contenta.

No habia experimentado nunca amor por el señor de la Tour du Roy.

La vanidad, y mas que nada la codicia, habia sido el móvil de su casamiento.

Deseaba una fortuna, un título, una posicion social.

Su enlace con el marqués le proporcionaba la satisfaccion de su deseo egoista, y consintió en dar su mano á Roberto por conveniencia.

Hay mas. La eventualidad de una viudez no lejana habia entrado en los cálculos que formaba para el porvenir.

—Seré una viuda rica—se decia.

Y en los actuales momentos pensaba haber ganado el premio mayor á la loteria de la casualidad mas pronto de lo que imaginar pudiera.